

CENTRO DE ESTUDIOS ORIENTALES

NOTAS SOBRE EL TEMPERAMENTO JAPONES

«Llamamos temperamento a la capacidad individual de respuesta que tiene la disposición — índole innata y totalitariamente estructurada de lo psíquico en general — para las reacciones sentimentales y apetitivas sensitivas». Es la definición de WILWOLL (2). «*Temperamentum*» significa mezcla, es decir, proporción de las diversas cualidades en un cuerpo compuesto. Es lo que llamamos compleción, constitución. Es la diferencia característica en la constitución fenotípica de los individuos orgánicos, principalmente del hombre. Lo percibimos a través de las manifestaciones de su emotividad, de sus tendencias y aficiones.

Tomemos un individuo. Quitemos lo que en su quehacer cotidiano es actividad de la voluntad. También sus disposiciones adquiridas. El resto será el *temperamento*. Aquilatando en la definición de WILWOLL, diríamos que «*temperamento* es el conjunto de tendencias e inclinaciones, ya sean hereditarias o adquiridas, en el organismo, que predisponen al individuo a reaccionar de un modo particular, bajo el estímulo sensible». Incluimos, en nuestro caso, también las inclinaciones adquiridas, por lo difícil que es señalar con el índice el punto de separación entre lo hereditario o ingénito y lo adquirido, en el caso japonés.

No hago hincapié en la distancia entre *temperamento* y *natural*. Tengo ante los ojos al japonés de la calle, a ese japonés con el que he convivido codo a codo; le veo obrar y lo «clasifico». Por eso, prácticamente, en estas líneas el temperamento y el natural son sinónimos — lo estático y lo dinámico en lo orgánico humano —. Porque la manera de ser de los individuos nos es dada en su acción y no me parece posible un estudio, aunque sea somero, sin que el natural nos trace la trayectoria.

Es innecesario recordar que el temperamento, siendo algo somático, no se debe confundir con el carácter, que pertenece a una especie racional-volitiva. Y que en muchas ocasiones, individuos que tienen mal temperamento, tienen un carácter envidiable, y al revés.

(1) Agradezco la colaboración del señor C. KANKI, profesor de Arte y Cultura Hispánica en el Departamento Español de «Sophia University», Tokio. Sus observaciones escritas al margen del manuscrito me sirvieron para corregir algunos defectos de apreciación, propios del hombre occidental, aunque éste conozca la lengua y cultura japonesas.

(2) «Diccionario de Filosofía», W. BRUGGER, Herder, 1953, «Temperamento», «Disposición». — «Psicología», Palmés, 3.^a edición.

Sigo las clasificaciones de HEYMANS y WUNDT para encuadrar los diversos temperamentos y caracteres (3).

Finalmente tenemos que señalar que al tratar del temperamento de todo un pueblo, no afirmamos que *todos* los individuos, en nuestro caso todos los japoneses, y cada un de ellos tengan el mismo «número» temperamento; es más, ni siquiera que la mayor parte de ellos posean este temperamento o aquél. Sólo intentamos mostrar que «las características temperamentales prevalentes entre los japoneses son de un determinado tipo».

Con estos preámbulos, afirmamos que el temperamento predominante entre los japoneses es el *nervioso-sentimental*. Es decir, son emotivos, no-activos y poseen, a la vez, elementos de funciones primaria y secundaria.

I. KIMOCHI

Es difícil traducir esta palabra. Y, sin embargo, es una de las primeras que aprende el extranjero en su experiencia japonesa. Y hasta con el tiempo llega a penetrar su significado polivalente, porque el japonés se le entrega a través de su *kimochi*. Comprenderá el «kimochi» en la medida en que haya sintonizado con el alma japonesa. En inglés se suele verter por «feeling», «mood». Tal vez podríamos hacerla corresponder con nuestro «estado de ánimo», o, mejor, con «humor». Algunos la han traducido por «vena». La palabra «kimochi», en su sentido preñado, lleva una carga psicológico-fisiológica. El descenso repentino de la temperatura y la reprensión del profesor tienen el mismo efecto en el escolar japonés: mal «kimochi». Una bebida refrescante en el «tsuyu» — época de las lluvias — causará buen «kimochi». Y el escuchar una conferencia amena e interesante producirá el mismo efecto. Aun cuando las condiciones fisiológicas sean estupendas o los sentimientos espirituales no hayan sido alterados por afección psíquica alguna, puede uno estar de mal «kimochi». Nos encontramos en el punto — difícil de señalar — de inserción de carácter y temperamento. Carácter y temperamento que en sus líneas generales o típicas se encarnan en la individualidad de cada japonés. El nipón — cada uno — tiene «su» kimochi, el «propio», el suyo.

El «kimochi» manda. Y los japoneses actúan bajo sus impulsos. Por eso, el estado de ánimo marcará los máximos y mínimos de su vigor espiritual. ¿No habrá cierto fatalismo en su obediencia

(3) G. HEYMANS: *Einführung in die spezielle Psychologie*, 1932. Una explicación completa y clara la hallará el lector en el artículo de J. DONCEEL, S. I.: *Une psychologie caractères*, NRT, 65 (1938), págs. 703-727 y 831-854.

WUNDT: *Grundzüge der physiologischen Psychologie* (III, Aufg.), II Band, pág. 421.

al «humor»? Sin duda, si identificamos el «kimochi» con algo intrínseco a nosotros, algo que es nuestro ser, nosotros mismos, como lo es la razón. Y tan natural es, en consecuencia, que el «kimochi» nos rijan, como permitir que la razón sea nuestro guía (4).

2. NATURALEZA Y SENTIMIENTO

El japonés, ligado a su «kimochi», vive en medio de una naturaleza pródiga. Los terremotos del Japón, tifones y lluvias torrenciales y sus daños incalculables, atraviesan el mundo en las páginas de los rotativos con su estela de desgracia y conmiseración. El calor sofocante del «tsuyu» deprime y agota en su humedad. A fines de enero el viento seco siberiano pone, inclemente, su nota de hielo y soledad en las calles policromas de las ciudades japonesas. Pero el japonés conoce su patria. Sabe que es una isla volcánica. Y en el descontrol aparente de los elementos lee la casi cuádruple cosecha que consigue el Japón en comparación de muchos países de su misma extensión. Lo sabe por intuición. Y en su intuición ama a la naturaleza. Es indudable, con todo, que otras causas influyen en este amor hacia una naturaleza que con frecuencia castiga y azota. La religión. El budismo con su filosofía de la vida en postura pasiva hacia la naturaleza. Especialmente la secta Zen.

Sus casas, abiertas al aire y a la luz y de cara a los campos; en el interior, las columnas lígneas del «tokonoma» (5) que muestran al visitante sus vetas y nudos y las paredes de madera que no sienten vergüenza en su desnudo (6); su «ikebana»—arte de colocar las flores—cuyo arte está en imitar la armonía de la naturaleza; las pinturas colgantes de papel o seda de las paredes—«kakemono», en sentido vertical, y «makimono», que se extienden a lo largo de la pared—que reproducen temas simples, con preferencia pájaros, flores, montes, la luna, el mar... todo nos habla del amor del japonés hacia la naturaleza. Es la expresión—por educación budista quizás—del ideal tradicional nipón en sus ansias de fundirse, de identificarse con la naturaleza.

En su cerámica imitan las hojas, las flores, los peces, y en sus «kimono» dibujan con frecuencia el crisantemo y otras flores naturales. En la mesa japonesa se sirven muchos platos «crudos»—gran prueba de resistencia para el paladar occidental—, desde el «sashimi»—*raw-fish*—al «namako»—*sea-cucumber*—, y una gran

(4) Así opina J. RIVERO, «Missionary Bulletin», 1957, págs. 120 y ss. y 297 y ss.

(5) «Tokonoma»: la palabra «alcoba» es la que más se aproxima en su significado. Aunque la alcoba occidental no exista propiamente en la casa japonesa.

(6) Recuerdo aún los chistes que aparecieron durante los tiempos de la ocupación norteamericana. Los «yankees» solían embadurnar las paredes y columnas de madera con pinturas de mejor o peor gusto, pero siempre detestables para la mentalidad japonesa.

variedad de vegetales y algas en su estado natural. Y los gustos refinados distinguirán lo que pudiéramos llamar «sazón de primavera» de una de otoño, una natural de otra artificial.

Los jardines japoneses reproducirán en sus más perfectas líneas a una selva que se halla lejos de los pasos humanos y el jardinero se esforzará por ocultarse a sí mismo para preservar el silencio armónico de la naturaleza. Con el fin de imitar «los lugares íntimos y retirados», el jardín japonés perderá sus encantos si es pacioso y vasto. Los jardines japoneses, como muy bien me hizo notar el profesor KANKI, especialmente los grandes, están situados en un sitio conveniente para incorporar la naturaleza misma, la cual es objeto, a su vez, de imitación. Y, al mismo tiempo, existe una tensión armónica entre la naturaleza y su imitación. Advertimos que la imitación no es mera imitación, sino que lo es a través de la contemplación del hombre, y es abstracta.

Su poesía será un canto casi invariable de la belleza de los paisajes, del suceder de las estaciones, de las melodías del ruiseñor en el silencio nocturno, del canto de la cigarra, que con su monotonía aumenta la calma de los durmientes campos e introduce en el alma el calor de una noche de verano. La poesía se concibe esencialmente como un grito del corazón, como la expresión de una emoción única ante la naturaleza. Y si alguna vez cantan los sentimientos humanos, será siempre en relación con la naturaleza. Es interesante fijarse en la manera de tratar la naturaleza del cine japonés y en la diferencia que existe con el cine francés, a pesar de ser, en varios puntos, muy semejantes. La poesía de la naturaleza se llama «*kidai*».

La intimidad con que el japonés vive con la naturaleza hace que su corazón lata isócrono al ritmo del mundo natural, del mundo de lo sensible, del mundo que «se hace». Podemos decir que sus almas se ajustan a los cambios de las estaciones. Y hasta al cambio diario del clima. Nos lo dicen las introducciones de sus cartas. Por ejemplo, en la primavera las líneas introductorias anunciarán que los cerezos están en flor, y en otoño la caída de las hojas. En verano te saludarán con un «*oatsuu gozaimasu*»—hace calor—, en invierno con «*osamuu gozaimasu*»—hace frío. Es difícil comprender la alegría del romperse de los botones de los cerezos o la paz de una tarde de otoño o la nostalgia del «*momiji*»—cuando las hojas se vuelven oro—o la melancolía de las primeras nieves, si nunca se han tenido estas vivencias en el hondón del alma, en silencio.

Nuestro coleccionador amontona los objetos de arte. A veces, sentimos la sensación de casa de anticuario avaro. Una pintura y un florero es el adorno de la habitación japonesa. Y más si su poseedor es de clase acomodada. Pero la trastera está llena de más pinturas o cuadros japoneses y más floreros. Esperan su oportunidad para volver a adornar «su» pared. La estación, las fiestas, las ale-

grías o los dolores de los dueños de la casa les brindarán la ocasión. Me recuerdan las decoraciones de teatro, que se cambian en los entreactos.

La variación de los sentimientos íntimos durante el año pre-dispone a cierta actitud espiritual de inconstancia, a cierto fatalismo, puesto que la primavera necesariamente viene antes del verano, y el invierno necesariamente sigue al otoño. Tienen el gran peligro de ver sólo un conjunto de fuerzas ciegas. Pero no el maravilloso plan de un Dios bueno y sabio. En una vida dominada por el sentimiento, es decir, por los afectos correspondientes a cada una de las impresiones que en un momento dado—*hic et nunc*—actúan en nosotros, el influjo del sentimiento rebasa las zonas de la voluntad y ésta—juguete de aquél—, a su vez, ejerce una gran influencia sobre la razón. Lo útil de hoy, mañana quizás será inútil y aun dañoso. El cambio radical de la escala de valores en el alma japonesa a causa de la derrota de la Segunda Guerra Mundial, nos prueba que la decisión de un momento de entusiasmo desaparece cuando el sentimiento se debilita o se esfuma, aunque sea por una fuerza extrínseca.

Es muy común, por ejemplo, que muchos sujetos empiecen a estudiar varias cosas y que las abandonen al poco tiempo. El adagio japonés dice: «mikka boozu»—bonzo de tres días. Los japoneses olvidan los principios más elementales en psicología aplicada para ver los peligros, evitarlos y conseguir que la razón *domine*:

a) «Cada idea o sentimiento tiende a producir la correspondiente acción, especialmente, cuando este sentimiento va acompañado de fuertes emociones y vivas representaciones»; b) «cada acción excita el sentimiento del que es normal expresión»; c) «cada pasión aumenta hacia la máxima intensidad las energías psicológicas del hombre» (7).

Se podría pensar que la inconstancia japonesa llevará al «inconstante» japonés a la superficialidad de sentimiento. Todo lo contrario. El alma japonesa es sumamente sensible a las impresiones del exterior. A veces, se sienten sin fuerza para oponerse a ellas y se entregan sin reservas a su dominio. En ocasiones, ni siquiera el tiempo—médico de muchas afecciones psíquicas—puede eliminar estos sentimientos hondos.

Quizá una palabra inconsiderada o una obra menos delicada puede causar una herida profunda. A veces, uno puede llegar a ser objeto de sincera gratitud, por un acto bueno al que no prestó atención o en el que ni siquiera pensó. Su poesía y literatura están llenas de los sentimientos más delicados, a veces imperceptibles

(7) Estas tres escalas fueron realizadas durante la guerra: el sentimentalismo apoyado por el nacionalismo.

para el extranjero profano. En las mentes de todos están las dos grandes películas *Rashomon* y *Las Puertas del Infierno*. La amistad, el respeto hacia los niños, el heroísmo del profesor que sacrifica su vida para salvar al discípulo en peligro, el «Tonosama» —señor feudal— que recompensa a su vasallo con tierras, porque una noche del invierno frío le brindó calor en su tugurio medio derrumbado..., el «samurai» —nuestro hidalgo— que buscó a través de largos años y dificultades indecibles la venganza de su señor; el odio hacia el padre que un día ya lejano abandonó a su esposa e hijos, el suicidio para borrar un error... estos y mil otros sentimientos —a veces equivocados, pero siempre expresión de una fuerza psíquica increíble— aparecen en la historia y vida diaria del pueblo japonés (8). Son los temas que llenan las pantallas de proyección japonesas.

Esta formidable sensibilidad, apta para captar casi de un modo intuitivo la belleza, el amor, la simpatía y la verdad, a través de las cosas y sucesos más ordinarios, puede llegar a ser una ayuda admirable para el logro de una personalidad humana. El secreto está en saber controlar el sentimiento, gobernándole por la razón. Las emociones en sí son nobles y elevadas; no hay duda de que el Japón, el país de la emoción, puede llegar a ser el país de los grandes hombres.

El japonés no es superficial. Pero es indeciso. Duda. Un aspecto de la filosofía vital japonesa es el relativismo. Porque hay sombras en el alma japonesa. Porque necesitan «la consulta» y «el apoyo», lo recto en su moral y la paz en su espíritu. La persona que vive completamente orientada hacia el fin que persigue, posee en su ser más íntimo una dirección fija, un haz de ideas bien definidas y claras, que darán un fundamento incommovible a sus opiniones y determinaciones. En último término, la meditación cristiana no es sino una toma de dirección o afirmándose en ella, si es la verdadera, o dejando los caminos que me desviaban de mi ruta. Pero quien cambia conforme a sus sentimientos, procede —según el alza o baja de sus emociones— en direcciones diferentes y, a veces, opuestas. Y cuando tenga que decidir, se encontrará acosado por una variedad de ideas no sedimentadas, le será muy difícil llegar a una conclusión lógica, urgente e indubitable. Entonces prevalecerá la indecisión: ve un camino desde un punto de vista, pero otro completamente opuesto desde otro punto de vista. Hay encrucijada en su caminar.

De esta indecisión nace la necesidad psicológica de consultar. Aun cuando llegue a tener una idea clara de la situación y esté convencido de su exactitud, desea oírlo confirmado de los labios de otros para llevarlo a la práctica con certeza de triunfo. Y muchas

(8) Cfr. J. RIVERO, l. c.

veces esta actitud, que nace de una necesidad interior o instinto, se convierte en una prueba de respeto y deferencia hacia la persona consultada. Es muy evidente en el Japón: de aquí viene también un fenómeno descrito muy bien por estas palabras: «fuwa raidoo» — seguir a ciegas. Pero, después de todo, es el sentimiento el que domina: esto es, el deseo de expresar la propia opinión y oír la aprobada por los otros, porque sin esta ayuda moral el individuo se ve falto de decisión y de la necesaria paz del alma para obrar con indomable energía. Oyendo hablar a dos japoneses, llama la atención las veces que repiten «desu ne» — ¿no es verdad? Es la pregunta que conforta y alienta.

3. LÓGICA. ANALISIS

La lógica japonesa, basada, en gran parte, en la filosofía india, está saturada de sentimiento. Sus ideas están cargadas de «joo» — («feeling»), «affectio» — y su esquema psicológico no aclara los límites de lo puramente racional y del sentimiento. La lógica occidental camina hacia la verdad y trata de demostrarla. La meta del japonés en su lógica — si despojamos a la palabra de su contenido occidental y la tomamos como sinónima de comunicar a los otros algo de nuestro bagaje espiritual — es sólo convencer al adversario y para conseguir su propósito echa mano con frecuencia del sentimiento. Los que quieren penetrar en el alma japonesa, tienen que saber descubrir los valores de la «lógica» del corazón. Más psicología y menos lógica.

La discusión mantenida en el plano intelectual es en muchos casos insuficiente. No porque falte fuerza demostrativa lógica, sino porque a causa de su falta de carga emocional es incapaz de hacer sentir profundamente la verdad que está encerrada en su argumentación fría.

La lógica y lo irracional. La invasión de la «kanjoo» — la simpatía — en el campo de la razón, ejerciendo una poderosa fuerza sobre ella causa muchos conflictos en las sombras del yo. Esas gentes piensan que el hombre no necesita siempre obrar racionalmente. Hay en su ser interior muchos impulsos ilógicos e irracionales y el seguirlos es algo natural y sin pecado. La vida no es puro silogismo; hay evolución dentro de un límite, y el obrar dentro de las influencias que rodean y limitan, aunque sea un proceder ilógico, no es malo ni perjudicial.

No hace falta decir que admitir este principio es una contradicción. Lo ilógico llega a ser lógico y lo irracional la norma de conducta para el ser racional. La unidad interior llega entonces a ser una selva de pasiones que sólo cuidan de sus propias satisfacciones con detrimento de la armonía psicológica y espiritual.

Este desorden de la armonía humana significa la ruptura de la paz interior. El sentimiento desequilibrado encuentra su castigo en la tristeza, en la angustia, en el vacío interior que siempre le sigue. El seguimiento ciego tras lo irracional siempre provoca una crisis en el hombre; y cada crisis no es sino la expresión de un error o de un desorden.

Nosotros, los occidentales, amamos la síntesis: con elementos simples construimos grandes planes; con lo mismos elementos producimos múltiples esquemas. El japonés por el contrario, es terriblemente analítico. Se detiene morosamente en el análisis. Por causa de esto, es muy difícil para ellos el sobrepasar el pensamiento del «yo» (9) para llegar a la idea de sociedad humana, al plano internacional, al concepto de Dios y de lo transcendente. Este espíritu se revela no sólo en su arte y literatura, sino también en la vida social (les es muy costoso el superar la idea nacionalística (10)), y en su vida religiosa (les es difícil el sintetizar todas sus aspiraciones en la sublime aspiración hacia lo infinito, hacia Dios, y frecuentemente se encuentran desorientados por causa de la multitud de afecciones que no pueden encuadrar dentro de un esquema dirigido hacia el último fin). Sería muy interesante el estudio del caso de las nuevas religiones en función del temperamento.

En el aspecto moral, el espíritu analítico se manifiesta en forma de escrúpulos, como la persona que es incapaz de resolver definitivamente sus problemas; o en las indecisiones sin fin por la falta de habilidad para armonizar extremos aparentemente opuestos y contradictorios.

Se dice que para poder ver todo el bosque es necesario que salgamos de él. Del mismo modo para llegar a la síntesis es preciso que superemos el análisis. El espíritu analítico adolece de un exceso de detalle. Y esta actitud la refleja cotidianamente en su vida ordinaria. Al japonés le encandila el detalle: Tomemos, por ejemplo, un libro de texto para la enseñanza del inglés, y nos quedaremos sorprendidos de la cantidad de reglas y explicaciones, que asombran a los mismos ingleses y americanos al darse cuenta de que tal vez desconocen su propia lengua. Cuando leemos las reglas de una escuela o de un «kai» — asociación — cualquiera, nos veremos perplejos ante los detalles que aparecen desde el principio hasta el final. Esta misma veneración por el detalle y la letra aparece de modo claro, cuando el japonés interpreta la ley. Parecen verdaderos canonistas.

La misma atención que prestan al estudio de un «kanji» — carácter japonés —, en el que es preciso fijarse en el menor de los

(9) Pero el concepto del «yo» japonés es muy distinto del occidental. El japonés lo aumenta y exalta hasta que le incorpora sus circunstancias.

(10) Sería preciso fijarse en el parélismo del nacionalismo japonés y su complejo de inferioridad. Nunca he visto un pueblo con tal complejo de inferioridad.

trazos, es transportada a la vida práctica. Como el sentimiento reduce el campo de la conciencia y le predispone a uno para no entregarse a amplios campos espirituales, así el amor exagerado por el detalle tiende a convertir la ciencia en una enciclopedia, en la que los detalles abundan; pero falta la unión que reduzca estos detalles en una enseñanza universal.

4. DIALOGO. INTIMIDAD

Se ha comparado el diálogo japonés al pausado gotear de otoño que invita al recogimiento cálido. Sus frases están cargadas de sentimiento; su cadencia, de intimidad. Aunque son inclinados a la soledad, cuando se acercan a alguien lo hacen de un modo íntimo. Tal vez en busca de apoyo. El continuo uso de la partícula «ne» puede ser monótono y parecer extraño a los oídos extranjeros, y sin duda parecerá una repetición que causa tedio. Su traducción es difícil, pero podríamos decir que significa, más o menos: «yo pienso de este modo; ¿no piensas tú lo mismo?». Es una invitación constante a la aprobación del compañero. En la conversación, el mutuo acercamiento, la mutua comprensión, el acuerdo en las opiniones, la expresión de los mismos sentimientos es continua, aunque con frecuencia no es otra cosa que una aquiescencia meramente externa, más de palabra que de ideas. Cuando el japonés — anotó el profesor KANKI — habla por teléfono, sin el asentimiento (muchas veces es un mero sonido aprobatorio: que uno está escuchando al otro) no puede seguir la conversación.

No se puede negar, sin embargo, que este acuerdo externo es frecuentemente el primer paso hacia una verdadera identificación de sentimiento e ideas.

Nota característica de su conversación es el deseo de no contradecir u ofender. Una abierta oposición es muy rara, porque siempre causa una impresión desagradable, y porque fuerza a los otros a que se nos opongan. Cuando el japonés no está de acuerdo con su interlocutor, lo manifiesta de un modo afirmativo: esto es, usa palabras que, si se toman al pie de la letra, expresan acuerdo con la otra parte, pero por el tono de la voz, etc., indica que no está de acuerdo. También contradicen, pero procurando conseguir la máxima suavidad en las expresiones. Nunca se oye un «no» enérgico. Por esto, es interesante el hacer notar que la frase «so desu ne» tiene significados completamente opuestos, según la entonación y las circunstancias. A veces, es una clara aceptación, un acto de adhesión al modo de pensar del otro. Pero en otros momentos es una forma elegante de negar, diciendo: «Tú dices bien;

yo también pienso así. Sin embargo, la opinión contraria parece muy razonable también» (11).

Esta extrema cautela para evitar los sentimientos de los otros, mediante el desacuerdo con ellos, hace de la conversación un arte de muy difícil interpretación para el que no conoce las expresiones usuales para insinuar de modo delicado que se disiente.

Recordar este detalle es sumamente importante, si deseamos tratar con los japoneses de modo cortés y delicado, según su propia urbanidad y costumbres.

En el curso de los siglos, el Japón poco a poco ha elaborado y establecido un código rígido de cortesía o urbanidad. Sus mallas son tan estrechas que ninguna circunstancia de la vida o de la muerte puede evitar su abrazo, para nosotros asfixiante: la correspondencia, las visitas, los saludos en los encuentros circunstanciales, el intercambio mutuo de regalos, los sucesos más diversos, todo tiene su reglamentación bien determinada. Se peca contra ella lo mismo por exceso que por defecto. El conseguir el término medio es educación de largos años sobre los que pesan los siglos de tradición. Para todo lo referente a regalos, la espontaneidad nos parece que debería ser la única regla. Pero nada es espontáneo en este país: cada uno sabe de antemano el momento oportuno, el modo conveniente, la cantidad y hasta el mismo objeto que ha de ser regalado. Y esto según la persona y la ocasión. A su vez, cada uno sabe también lo que le deberá regalar, en correspondencia, el beneficiado, si es que observa las buenas maneras. Y debemos hacer constar que en las relaciones sociales japonesas los regalos son numerosos (12). Son una expresión o símbolo de los sentimientos. Cuando alguien recibe una visita, ofrecerá a su huésped una taza de té, como manifestación de bienvenida y regocijo. Este, el huésped, en retorno, ofrecerá un regalo para demostrar su respeto. Si el japonés visita a un enfermo, el «omimai»—el regalo (13)—es necesario; denota dolor al ver al amigo enfermo, y muestra el deseo de ver aliviadas sus penas. Cuando el enfermo recupera la salud, una visita de correspondencia y un regalo o presente—el «zenkai iwai»—será la prueba de gratitud por la visita que se le hizo, tal vez muchos meses antes. Si a alguien le sucede algo triste o desagravable, el «omimai» es expresión de simpatía, y una especie de consuelo que se da al desgraciado amigo. En la muerte de algún ser querido, el «gobutsuzen» o «gokooden»—dinerillo

(11) Cuando uno tiene duda o desacuerdo «NE» es muchísimo más largo que, por ejemplo, cuando «NE» es para pedir asentimiento. Cuando se niega «elegantemente», «NE», largo, no va seguido de expresión o palabra alguna.

(12) Encarnación de los sentimientos en una cosa visible. En este sentido los japoneses son muy materialistas. En la vida cotidiana son casi incapaces de gozar un rato sin tener ninguna cosa visible o comestible presente. Especialmente, en caso de visita.

(13) Los regalos reciben distinta nomenclatura según las diversas ocasiones.

que se suele dar — será el signo de simpatía y como la contribución al consuelo de los conocidos o parientes del difunto. En «oshoo-gatsu» — Fiesta de Año Nuevo —, el «otoshidama» — regalo propio de esta circunstancia — significa el reconocimiento de todos los beneficios recibidos durante el año que queda atrás. Y sirve para mostrar el respeto — también muestra de cariño, si se trata de niños — que debe a las personas a las que está ligado por lazos de gratitud.

Notemos que en Japón los regalos y presentes siempre denotan una especie de agradable obligación de parte del que regala y no del que recibe, como ocurre en nuestros países.

Es un lugar común el hablar de los excesos de la cortesía japonesa. Todo lo contrario. Buscan la justa medida y tratan de eliminar lo redundante o excesivo. Pero esta medida-límite está descentrada respecto a la nuestra. Ésta es toda la diferencia. Algo semejante pasa con las nociones de frío y de caliente en los trópicos.

Poseemos expresiones de cortesía en nuestros idiomas. Los japoneses no se limitan a hablar honoríficamente de los demás, sino que, además, usan formas modestas o despectivas para sí y para los suyos. Esto nos desconcierta. Y no encontramos en terreno resbaladizo, si queremos ajustarnos a las circunstancias según la urbanidad nipona.

Siempre fue el Japón una nación enamorada de las ceremonias. Desde las profundas inclinaciones y reverencias, expresión de la propia humildad ante personas de nivel o dignidad más altos, hasta las frases corteses de respeto, totalmente ininteligibles si nosotros las queremos encuadrar en nuestras categorías occidentales y aun en su mismo significado literal. Cuando los japoneses ofrecen una fiesta, la frase ritual será: «osomatsusama de gozaimasu ga, doozo meshiagatte kudasai» — traduciríamos, «es algo muy ordinario, sin embargo coma, por favor» —, o quizá «ariawase no mono desu ga, doozo hitotsu oagari kudasai» — «es una cosa ya preparada y poco original, pero tome un poco, por favor» —, como deseando señalar que todas las delicadezas ofrecidas y «viandas» presentadas — su calidad exquisita y su cantidad no importan — nada son en comparación con lo que se debe a un huésped tan honorable al que se quiere festejar con dignidad. (Es interesante considerar que, cuando los occidentales ofrecen un regalo, hacen notar que es algo que tiene cierto valor, que es lo mejor que tienen. Exactamente lo opuesto es la etiqueta japonesa). Y así en otras muchas ocasiones, como, por ejemplo, al llegar a una casa de visita, o al despedirse después de una amena conversación. Las fórmulas usadas en sus cartas son verdaderos poemas cortesanos y de educación. Tal vez todo esto sea fruto de los largos años de vida feudal y al margen de los acontecimientos mundiales. Hoy

se nota un descenso en la «*politesse*», para dar paso a nuestro proceder más abierto y espontáneo—con esto no quiero decir que no sea espontáneo el actuar del japonés; la etiqueta se ha hecho carne de su ser.

Pero hay también allí la manifestación de un sentido agudo de la justicia distributiva en materia de honor. Exige lo que se le debe—su honor—, como él está presto a respetar lo que debe al otro. Faltar a esta regla le hiera en lo más vivo, y, por desgracia, los extranjeros lo hacemos con frecuencia. Esta es la gran dificultad para el dominio perfecto del idioma japonés. El saber usar en cada momento la expresión adecuada requiere una adaptación al mundo espiritual y lingüístico del pueblo japonés que sólo alcanzan quienes suprimen su propio pensar y vivir. Adaptación completa. Las palabras usadas en la conversación cotidiana son diferentes de las que se emplean para hablar con un personaje o con el Emperador o con Dios. Recuerdo una anécdota: huyendo de la persecución nazi, se refugiaron en España varios padres jesuitas, y uno de ellos, en cuanto pisó tierra española, preguntó por el libro más famoso de la literatura española; le entregaron el «*Quijote*»; a los pocos meses ya hablaba con cierta soltura, pero tratando a los niños de «*vuesa merced*»... Algo semejante nos pasa a los que tenemos que expresarnos en japonés, aunque no sea exactamente lo mismo. Cuando en la conversación uno se refiere al Primer Ministro o a un simple aristócrata o al Emperador, debe usar diferentes nombres, verbos y frases o construcciones para indicar el estado social de estos diversos individuos. Y esta habilidad en el manejo lingüístico de la justicia distributiva se ha de manifestar incluso en la misma conversación; de lo contrario, se manifiesta un desprecio personal hacia la persona referida. Actualmente, este fenómeno del expresar respeto a través del lenguaje va cambiando mucho, y se evoluciona a grandes pasos hacia una igualación de expresiones.

Por ejemplo, cuando se «da» algo a un inferior o a un igual, se deben usar unas determinadas palabras; cuando se «da» a los superiores o a Dios, se deben usar otras expresiones y palabras. Así «*yaru, ataeru, ageru, sasageru, sashiageru, kenzuru*»—todas significan «dar», pero cada una se debe usar para un determinado estamento social. Y esto hay que tenerlo presente, porque, de lo contrario, ni le entienden a uno. Si «das» a Dios, como si «dieses» a la criada, no te entenderá el interlocutor japonés. Lo mismo con «*omorau, ukeru, itadaku, tomawaru*», que significan «recibir», pero el uso de uno o de otro vocablo depende del nivel social de aquel de quien se recibe una cosa o de quien la da (14). Es muy frecuente

(14) El concepto japonés de nivel social es bastante diferente del español. Después de la derrota se va evolucionando hacia un concepto igualatorio y democrático de la sociedad.

que se exprese la relación que existe con la persona que hace aquella acción, o con la cosa significada; el respeto que hay que manifestar a esta determinada persona o cosa; la obligación que hay hacia ése o hacia eso, y mil otros detalles es muy difícil de traducir en palabras. Las palabras están preñadas más de sentimiento que de ideas. Un ejemplo significativo es el hecho de que haya más de veinte términos equivalentes a las palabras españolas «yo», «tú» y «usted».

Es un proverbio en nuestros países que no toda verdad es —precisamente por el hecho de ser verdad— buena para ser manifestada. Pero una vez que hemos juzgado que es bueno hablar, lo hacemos de una manera nítida y clara. Por eso nos quedamos sorprendidos ante las respuestas vagas y llenas de reservas que la mayor parte de las veces obtenemos como premio de nuestra franqueza. De ahí que muchos extranjeros hayan llegado a la conclusión de que el japonés no sabe expresarse claramente, y la razón la han puesto en un defecto de lenguaje. En efecto, el lenguaje corresponde siempre a las necesidades de un pueblo. La reserva y la vaguedad no existen primariamente en la lengua, sino en el corazón: son debidas a la etiqueta y la consideración, toda vez que es obvio que la franqueza hiere como la luz muy viva: es necesario prever que los demás pueden pensar de un modo distinto del nuestro, y es conveniente, antes de pronunciarse, ver si las mentes laten al unísono. Esta constatación se hace por el «soodan» —consulta— o «cambio de impresiones». Conviene asistir frecuentemente como aficionados a este juego para comprender todo el arte psicológico profundo que se oculta bajo estas palabras, en apariencia sin fin, sin orden o progreso determinado. Esta habilidad en la conversación requiere todo un entrenamiento necesario para una serie de fintas hábiles, que los japoneses contemplan en los luchadores de «sumo». Cada una de estas fintas parece en sí inútil o que se ha de rehacer; sin embargo es un precioso tanteo para sondear al adversario o al compañero, y ver si se puede llegar a un acuerdo, si es preferible dar largas, hacer alguna concesión o renunciar definitivamente a toda conclusión. En este último caso, no se ha causado malestar ni herida alguna al interlocutor; y la última taza de té puede circular en la misma intimidad que la primera.

La compostura exterior del pueblo japonés es tradicional; tanto como su admirable control de la manifestación de sus pasiones. Característica del temperamento nervioso-sentimental y, en parte, también producto de la educación. El deshacerse de estas emociones le es completamente antinatural al japonés, y así su sentimentalismo aumenta, pues—no siendo capaz de expresarlas exteriormente—sus sentimientos se hunden más profundamente en el alma, y sus raíces toman cuerpo. El japonés ha sido educado para no permitir que sea llevado exteriormente por sus impulsos. Tal vez

en este respecto la estricta disciplina de los viejos guerreros, y el régimen feudal en el que el señor era dueño absoluto de la vida y de la muerte, junto con otras condiciones históricas, han ejercido gran influencia sobre el japonés. Como ya noté antes de paso, entrega total del alma y cuerpo; negación de la personalidad; belleza literaria de la muerte: «harakiri», «kamikase».

El enfadarse exteriormente ha sido considerado desde los más antiguos tiempos como una gran falta. Es uno de los elementos que hacen pensar a los extranjeros que los japoneses son hipócritas. Luchar para llevar adelante la propia idea es digno de toda repulsa. Aun hoy, es notable considerar que mientras los estudiantes de otros países frecuentemente tienen riñas entre sí, los japoneses se pasan meses y aun años sin ni siquiera una.

Nos revelamos interiormente contra la sonrisa con que un japonés nos viene a anunciar la muerte de sus parientes más próximos, con la fiesta que hace a todo el que asiste a las exequias funerarias de su padre. Su dolor es tan vivo como el nuestro en caso semejante, pero le pareció que lo debía represar en presencia de otro: el dolor es contagioso y no es bueno cargar a los huéspedes con las penas propias. Lo que hemos dicho para el caso de duelo es equivalente para todos los otros sentimientos. Nadie se manifiesta, sino «cuando» y «en la medida» que conviene. Una sonrisa delicada y distante es la careta que oculta el interior: la casa no tiene ni puertas ni ventanas, pero las persianas están constantemente echadas: alma cerrada, casa abierta. Tal es la regla. Nada de gritos, nada de gestos, en medio de la emoción más violenta. Ni siquiera las contracciones de rostro que traicionan entre nosotros una viva contrariedad. Mas, no por estar más reprimido el sentimiento, es menos intenso ni menos durable.

¿Disimulación? La mayor parte de las veces hay en ese ocultar un sentido de la dignidad y de la sana educación; hay mucho también de lo que, cristianizado, llamamos virtud. Por lo demás, no olvidemos que esta actitud puede engañar a los extranjeros, pero no a los conciudadanos. Los japoneses sienten vivamente nuestro reproche de hipocresía y ven en esto incomprensión e injusticia.

Este cuidado de no manifestar los sentimientos ha creado de alguna manera una institución nacional: el intermediario, el mediador, «nakoodo». Las relaciones transcendentales entre señor y servidor, entre padres e hijos, entre esposos, siempre se llevan a cabo a través del mediador. Aun con la democratización de las costumbres, el «nakoodo» sigue arraigado en el alma del pueblo japonés.

Acerquémonos a la poesía. El poeta japonés no quiere describir, ni contar, ni instruir, ni aun analizar finamente un sentimiento del corazón: simplemente *sugerir*. Sólo un detalle que es percibido

por el japonés, al paso que el profano — el extranjero es siempre un profano en este aspecto — queda frío y distraído: ignora las reglas del «juego». El poeta japonés crea el ambiente que predispone al sentimiento que quiere inspirarnos, levanta el telón y nos abandona solos en escena. Nuestra poesía nos introduce en la habitación y nos la muestra en todos sus rincones; la japonesa nos deja en la mano las llaves y da por terminado su trabajo. No es más que una introducción, una vibración que se prolonga después que el plectro hirió la cuerda. Sugerencia. Dominio. No disimulación.

Poesía japonesa, espejo del alma japonesa. El Japón, cerrado durante siglos a todo contacto con el extranjero. En el curso de este largo aislamiento ha tomado la costumbre de no escribir sino para él y el resto del mundo no cuenta para sus ojos. Esta es la razón por la que se nos queda impenetrable; la razón, también, por la que su propaganda durante la guerra fue tan torpe y poco adaptada a los diversos pueblos. Se dirigía al mundo como si éste tuviera la mentalidad japonesa.

5. PECADO Y ESTÉTICA

Se ha dicho que el japonés no tiene idea del pecado. Y ha habido antropólogos que se han dedicado a demostrar que este fenómeno es debido al hecho de que el japonés pertenece a la «shame culture», mientras que el occidental es un producto de la «guilt culture». De este modo, pretenden explicar la moral japonesa por medio del sentimiento de vergüenza. Según su explicación, el japonés no tendría idea de «*guilt*» — en sentido moral —, lo que presupone que ignora la ley natural, y, consecuentemente, que la violación de la ley natural para ellos no lleva consigo el remordimiento de conciencia. Pues el concepto de ley natural no existe en el japonés (en el sentido estricto). Para los japoneses, pecado sería una acción condenada por las costumbres del pueblo; y «*guilt*» sería simplemente la vergüenza de haber violado esta norma puramente formal y social. Esta vergüenza la expresan con la siguiente frase, intraducible en español: «*sonna koto wo suru to warawareru kara oyoshi nasai*» (lo subrayado lo verteríamos por la vergüenza que nos causa el que otros se rían de nosotros).

De estas premisas se siguen extrañas conclusiones. A los japoneses les faltaría la conciencia moral y no pecarían, por lo tanto, aun cuando violasen la ley natural. Si decimos que su conciencia es incapaz de sentirse «*guilty*», porque no une el desorden de la acción pecaminosa con la idea de Dios o de un orden moral, esto nos lleva a decir que el desconocimiento del desorden para ellos no es como el de un pecado moral, sino solamente como el de un pecado social o filosófico. Un católico no puede afirmar esto. Fue condenado por ALEJANDRO VIII, 28 agosto 1690.

Puede ser que en muchos casos la idea de pecado, en la mentalidad japonesa, haya sido confundida con el sentimiento de pudor. Y aun entonces, puesto que ellos no consideran muchas acciones como intrínsecamente malas, sino sólo como condenadas por sus costumbres, podría ocurrir que ellos no cometieran pecado alguno, cuando ellos llevan a cabo tales acciones. Pero no podemos echar en el olvido que el sentimiento de vergüenza no se explica por sí mismo. Cualquier vergüenza presupone un orden no guardado, por causa del cual la culpabilidad está unida a la censura o castigo. Si ese orden es meramente social o convencional, entonces la subsiguiente vergüenza nada tiene que ver con la moral: por ejemplo, el hombre que comete públicamente una falta de cortesía y se siente avergonzado por su grosería. Pero en el caso de una vergüenza que brota de haber roto un orden objetivo, de haber violado eso que amamos la ley natural, este sentimiento tiene raíces morales, pertenece a la naturaleza de las cosas y, por consiguiente, la vergüenza no sólo delante de otros, sino ante su propia conciencia y ante Dios, es de una especie diferente de la mencionada en el ejemplo anterior. El profesor KANKI observó: «sí, aunque no tenemos una idea clara de la ley natural, sentimos vergüenza ante nuestra propia conciencia, y por consiguiente, como usted dice, remordimiento. Esto se debe a la parte buena creada por Dios».

La vergüenza es la paga del pecado, y el sentirla significa que uno se siente culpable. Aparece claramente en el Génesis. ADÁN y EVA cometen el primer pecado y se dan cuenta de que están desnudos y sienten *vergüenza* y huyen de los ojos de Dios.

Hay que advertir que una conciencia sin la luz de la Revelación no puede tener la misma sensibilidad ante el pecado y la misma delicadeza de conciencia que una conciencia cristiana. Según esto, el pagano no considerará muchos actos como pecados, porque no los considera como contrarios a la ley natural, a la ley moral. Pero aun así, muchos otros actos brillan ante sus ojos con toda la luz de su evidencia moral. El transgredir estas reglas morales causa vergüenza. Y esta vergüenza —moral, diferente de la puramente social— está indicando el sentimiento de culpabilidad delante de Dios y de la propia conciencia.

Existe el riesgo de entender mal la conciencia japonesa. Hacemos del japonés un hombre «fuera de serie».

La expresión de preceptos morales en japonés es marcadamente negativa: «no harás esto...», «no harás aquello...». El amor hacia el prójimo se reduce a no obrar contra sus derechos, a no hacerle mal. En el budismo la idea de felicidad consiste en la aniquilación de todas las pasiones y deseos. Así, todo deseo positivo llega a ser desalojado de la idea de perfección. Hasta en su gramática la obligación positiva se expresa por una doble nega-

ción: «nakereba narimasen»—su traducción directa sería: «si tú no haces esto, tú no haces bien»; es decir, «tú debes hacer esto».

No dudo en suscribir el siguiente párrafo del señor AKIMOTO. En él se pone de manifiesto por un japonés la relación estrecha que tienen la vida o el arte o, mejor, lo estético en la vida del Japón.

«The fundamental practicalness of japanese character is shown alike in beautiful works of art and craft and in the commonest acts of everyday life. Of all the apparently esoteric arts of old Japan on which so much learned disquisition has been spent, there is hardly one which has not direct and most intimate relation to our daily existence. The Japanese fine arts do not stand apart or aside from the mundane life of rice-eating and tea-drinking. Japanese painting, for instance, is a useful craft rather than an art in the western sense of the word. So is calligraphy, gardening, architecture, even music. It is to be appreciated, not on the merits of its own beauty, but merely as part of the general scheme of aesthetic living... An art or craft, however noble and elegant, is held as of no importance if it does not directly and actually minister to some essentially practical end of life» (15).

Se ha puesto de moda en nuestros países el tiro de arco. Era ya muy antiguo en el Japón. Un entendido nos dice: «El comportamiento del arquero desde su entrada en el campo de tiro hasta su salida, no es más que una continuación de movimientos estéticos análogos a los del actor de «No» en escena». Acertar o no el blanco es totalmente secundario, pero el regular su respiración, purificar su espíritu, sujetar correctamente el arco y ajustar la flecha en la cuerda según las reglas, es lo único importante. ¿Quién nos lo hubiera dicho, si no lo leyéramos en un libro? Estas reglas de juego se encuentran también en todas las artes de sociedad en el Japón. Para no citar más que un ejemplo, el secreto de hacer bien la ceremonia del té, según el maestro II NAOSUKE, consiste en que el huésped y sus invitados deben mirar el acontecimiento como una cosa única en el transcurso de la vida, como el primero y último suceso en que tomarán parte, de una importancia al menos igual como la que tiene para el duelista el cuidado de proteger la línea del cuerpo.

Esto nos dice el cuidado que debemos tener para juzgar a este pueblo tan interesante y tan *arcano*.

(15) AKIMOTO, S.: *The seven elements of Japanese Strength*, págs. 63-4.

6. CONCLUSIÓN

No hace falta que probemos nuestra aserción del principio. Indudablemente, al situarnos frente al temperamento japonés, nos encontramos con un temperamento de tipo nervioso-sentimental.

Temperamento nervioso-sentimental con casi todas sus características esenciales. Excitabilidad. Es débil y siente dificultad al principio, pero adquiere una fuerza constante y profunda bajo las repetidas impresiones. Intensos sentimientos y duraderos. Pasiones vehementes—bien sean buenas o equivocadas. Según predomine «hic et nunc» ésta o aquella emoción, inconstancia en seguir el camino marcado en un principio. Emocional, más que activo.

Y también con sus cualidades buenas. La sensibilidad japonesa no es tan viva como la de los temperamentos sanguíneos, pero ahonda más y es más duradera. Los japoneses están inclinados a la concentración, reflexión, análisis, vida interior. Soledad, quietud, piedad, ritman su marcha. Sienten profundamente las miserias de sus semejantes. Y su sacrificio—especialmente en favor de los desposeídos—puede alcanzar el nivel del heroísmo. Corazón hecho para el sentimiento, que acaricia con regusto morboso. Silencio y retiro. Los japoneses—hablo por experiencia muy repetida—pueden llegar a ser caracteres intelectuales, secos, reconcentrados. Pero si dirigen su mirada a Dios, llegarán fácilmente a la contemplación. El arte—su vida la viven artísticamente—les atrae. Y tienen rara aptitud para la ciencia. Cuando aman, su amor echa raíces hondas y difíciles de arrancar. La indiferencia y la ingratitud les hiere. Su voluntad canta fuerte o débil, según las vicisitudes de la fuerza física; es débil y su influjo es casi imperceptible, cuando las fuerzas están agotadas, pero fuerte, generosa e imperante, si hay perfecto estado de salud o la alegría rebosa: «kimochi». Son más templados y sus pasiones, al menos en lo exterior, no son tan fuertes como las de los sanguíneos.

Entre los defectos del temperamento nervioso-sentimental podríamos enumerar la tendencia hacia la tristeza y la melancolía. Es suficiente lo dicho a lo largo de estas páginas. El temperamento japonés está ya encuadrado en su lado de sombra. No saben cómo librarse de sus turbaciones y permiten que el dolor hinque sus dientes en el corazón. Los japoneses son reservados, tímidos, inclinados a desconfiar de sí mismos. Indecisión, descorazonamiento, escrúpulos, melancolía y, en las horas tristes, en su soledad, cierta misantropía. Por su inclinación al pesimismo, se fijan en las aristas desagradables de las cosas. Las dificultades se agigantan. La rosa es únicamente motivo de inspiración poética por sus espinas. Amigos de la consulta por necesidad. Irresolución. Oculto amor propio en su aparente humildad. Son irresolutos, porque temen la

sombra del fracaso. Al japonés le gustaría descargar su peso en otro, pero no siente en sí fuerzas para llevarlo a cabo.

En fin, debemos tener presente que son nerviosos. Por lo tanto dados a la concentración. Si no conocen esta tendencia, los que tratan de penetrar hasta los últimos pliegues de su alma—los misioneros—es fácil que sean injustos al tratarles y que lo hagan sin tacto.

Como conclusión, recordaríamos, al que quiera conocer el alma japonesa, que el problema no es de adaptación, sino de «*comprensión*». Y a ésta se llega por el conocimiento conseguido después de *respetar*, con una vigilancia constante, sus palabras y sus acciones.

J. L. Sopena, S. J.

